

tan ejemplos como el que refiere Filostrato de un gobernador de Acaya en tiempo de Nerón, y otro análogo citado por Libanio, que no conocían ni la primera palabra de la lengua de la región que les era encomendada.

Los escritores griegos no han podido permanecer alejados del movimiento general en favor de la literatura latina ni de su lengua, cuyo influjo en la vida social llegó á dejarse sentir de una manera preponderante y visiblemente extremada (1).

Los historiadores griegos no son ya lo que en tiempos más venturosos eran Herodoto, Tucídides, Jenofonte.... sino que, cambiado el carácter político y social de la Grecia, su historia va unida á la historia romana, y su vida ni en literatura ni en hechos permanece aislada de la vida de las regiones latinas. Polibio estudia latin, vive largos años en Roma en contacto con los escritores romanos é historiadores latinos, y traduce al griego los más antiguos *tratados* de los romanos con otros pueblos, alguno de los cuales es traducido nuevamente sobre la versión griega al latin por Tito Livio. Dionisio de Halicarnaso aprende el latin y lee los escritores latinos, como él mismo de-

(1) El romanismo había penetrado en las costumbres griegas por modo singular. Latinos eran los nombres comunmente usados, y en especial preferidos los nombres romanos de personas ilustres, que se prodigaron extraordinariamente entre los griegos. Latina era la cultura en todos sus aspectos y variedades; latinas las formas del culto, y contados entre las divinidades los emperadores de Roma. Inscripciones bilingües greco-latinas ó viceversa, nombres y apellidos semigriegos y semilatinos ó griego el uno y latino el otro, latinizantes en prosa y verso que escriben en honor de Roma ó de sus Césares, y que tienen á honra el título de “poeta del emperador” etc., son cosas comunísimas en el período á que nos referimos. Los títulos de *philoromaíos* y *philokaisar* aparecen lo mismo en las inscripciones de las islas del mar Egeo que en las márgenes del Bósforo; con los títulos de “dios libertador,” “padre de la patria,” “salvador del mundo” y otros análogos, era corriente adular á los emperadores latinos. A Nerón mismo, además de esos dictados, se le daba el de “nuevo sol que esplendora á los helenos” — *νέος Ἥλιος ἐπιλάμπρας τοῖς Ἑλλησιν*;— Claudio se ha visto en la precisión, según Suetonio, de prohibir el abuso de los nombres gentilicios de Roma, y por su parte Plutarco creyó oportuno recomendar á los griegos “discreción y dignidad.” (Cf. Lafoscade, l. cit. y también los mencionados Egger, Mommsen, Budinszky, y aun Renán, Orig. III). En Egipto, donde se hablaba el griego desde los Ptolomeos, por rara excepción continuó la lengua helénica con carácter oficial bajo la dominación romana.

clara *ἐγὼ καταπλεύσας εἰς Ἰταλίαν...*, dice, *διάλεκτόν τε τὴν Ῥωμαϊκὴν ἐκμαθὼν καὶ γραμμάτων ἐπιχωρίων λαβὼν ἐπιστήμην... καὶ τὰ μὲν παρὰ τῶν λογιωτάτων ἀνδρῶν, οἷς εἰς ὀμίλιαν ἦλθον διδαχῇ παραλαβὼν*, etc. (*Antiq. rom.* I, 7, 21). Así mismo, se ocupa en traducir é imitar á los autores latinos, bien que en ello es regularmente poco feliz, y aun se permite hacer observaciones críticas acerca de la lengua romana. Plutarco, ya entrado en años, se dedica al latin, de cuyo conocimiento hace luego uso en sus trabajos (Plut. *Quaest. rom.* y Suidas, voz *Ploutarjos*) así como Estrabón que cita á César y se relaciona directamente con los romanos; Apiano de Alejandria traduce versos latinos; Arriano escribe cartas en latin al emperador — *en tois rómaïckais grammasin guegraptai*— (Arr. *Peripl. Pont. Eux.* VI, 2); Dión Casio participa también del común ambiente romano (párase á notar que la palabra *auctoritas* no puede traducirse con exactitud al griego), y, omitiendo otros, Zenobio hace una traducción griega de Salustio— *Μεταφράσιν Ἑλληνικῶς... Σαλουστίου τοῦ ρωμαϊκοῦ ἱστορικοῦ...*, como dice Suidas (voz *Zenobios*).

Al lado de los historiadores figuran los juriconsultos, los retóricos y los gramáticos, que constituyen nueva prueba de la invasión latina en Grecia. Leyes latinas, constituciones redactadas en latin que van aumentando el cuerpo del derecho, magistrados que hablan en latin y procesos redactados en lengua latina, hicieron no sólo que ésta fuese la lengua jurídica, sino también obligado su estudio á los juriconsultos griegos (1);

(1) Los magistrados que conocían el griego rehusaban generalmente hablarle, como dice Valerio Máximo (II, 2): “*Illud quoque magna cum perseverantia custodiebant, ne Graecis unquam nisi latine responsa darent, quin etiam ipsius linguae volubilitate, qua plurimum valent, excussa per interpretem loqui cogebant non in urbe tantum nostra, sed etiam in Graecia et Asia, quo scilicet latinae vocis honos per omnes gentes venerabilior diffunderetur.*” A las partes se les permitía hablar en griego, pero donde ésta no era la lengua de la ley, ni de los magistrados, ni del juicio (que aun en tiempo de Constantino se substanciaba en latin), significaba muy poco aquella concesión, y veíanse los contendientes en la precisión de hablar latin ó usar de intérprete. En cuanto al cuerpo del Derecho, el formalismo romano se oponía á toda traslación al griego, é hizo que se vacilase largo tiempo sobre la traducción de las fórmulas legales romanas, algunas de las cuales dejó intactas el mismo Teófilo. (Véase sobre esto, Dirksen, *Freund. Spr. bei d. rom.*, Bethmann-Holweg, *Civilprozess*, II, Lafoscade, *Influence du lat.* etc.).

buena parte de éstos eran formados totalmente en las escuelas romanas, de donde salieron los hombres más conspicuos en la ciencia del Derecho. Recuérdese que el jurisconsulto Papiniano era originario de la Fenicia, y que Ulpiano procedía de Tiro (1), colonia romana que poseía el derecho itálico, como el mismo Ulpiano declara (Dig. L, 15, 1). San Gregorio Taumaturgo, después de haber estudiado en Capadocia, creyó conveniente perfeccionar sus estudios en la escuela de jurisprudencia romana establecida entonces en Beirut —...ἡ τῶν Βηρυτιῶν πόλις... τῶν νομῶν παιδευτήριον.—

Entre los retóricos y gramáticos hubo algunos, como escribe Lafoscade (Ob. cit.), que se latinizaron completamente, lo cual constituía una victoria positiva para el latín; otros se contentaron con conocerlo y traducirlo, favoreciendo su introducción. Timolaos, descendiente de la reina Zenobia, retórico y gramático distinguido, Q. Cecilio, de origen griego, que abrió una escuela en Roma para explicar á Virgilio, como dice Suetonio (Gr. XVI), y otros mencionados en inscripciones, al lado de cuyo nombre figura el dictado de γραμματικὸς Ῥωμαϊκός, pertenecen á la primera clase. Entre los de la segunda, prescindiendo de Aristónicos, Eraklides, Didimo, Theón y demás gramáticos griegos que hicieron sus estudios en Roma, merecen citarse Apión Alejandrino que en el siglo primero de nuestra era escribió una gramática Περὶ Ῥωμαϊκῆς διαλέκτου, y los ejercicios de traducción comparada de latín y griego atribuidos á Dositeo, de tanta eficacia para la difusión de la lengua romana entre los helenos (2). Finalmente antes del siglo IV, encontra-

(1) Aunque Ulpiano dice ser de origen tirio —“..... Tyriorum colonia, unde mihi origo est“ etc.— (Dig. L, 15, 1), creen algunos, entre ellos Teufel, Niebuhr —Rom. Gesch. V— etc., que este origen se refiere á la procedencia de su familia, pues Ulpiano conocía el latín demasiado bien para ser extranjero. No sería difícil sin embargo que un súbdito romano y educado en las escuelas romanas, llegase á familiarizarse con la lengua latina como propia, ya que decididamente hubo de ser privativa para el inmortal jurisconsulto. Nada, pues, obsta para que le creamos nacido en la espléndidísima colonia de Tiro—in Syria Phoenice,— que él menciona.

(2) Estos trabajos del Pseudo-Dositeo, corresponden como los de Julio Polux ya mencionados, al s. IV. (Cf. Krumbacher, *De cod. Pseudodosit.*, y sobre éste y otros, Weber, *Lat. gr.* I, Dirksen, *Freund. sprach. bei d. Rom.* y también Egger, ob. cit.). Lafoscade (l. cit.) copia las siguientes palabras del Pseudo-Dositeo, que se refieren á la utilidad del libro: «πολλά μέντοι καὶ ποικίλα, ἃ εἰς ἑρμηνεῖαν

mos como fórmula corriente la expresión «ἡ ἐντέρα γλῶττια» entre los griegos, para significar la conveniente pericia en el griego y en el latín, á la manera que los romanos hablan frecuentemente de «utraque lingua» en igual sentido (1).

Con la traslación de la capital del imperio á Bizancio, el latín continuó en su preponderancia sobre el griego con toda la pujanza que le permitía la corte de Constantinopla. En las regiones oficiales el latín se imponía con la corte y la aristocracia romanas trasladadas á Grecia. Constantino habla en latín, emplea esta lengua así en el Senado como en los Concilios, y obliga á los soldados á aprender la lengua latina y á orar en este idioma (2). Libanio y el mismo S. Juan Crisóstomo, su disci-

μεταφράζεσθαι οὐ δύναται οὔτε ἀπὸ ἑλληνικοῦ εἰς Ῥωμαϊκῆς εἰς τὸ ἑλληνικόν... τοῦτον τοῦ πράγματος εὐρεθήσεται βοήθημα μεθόδω.» Entre los poetas latinizantes, habremos de recordar á Evodio Rodio que cultivaba el género épico en latín, en tiempo de Nerón; «ο ζαυμασζομενος εἰς Ῥωμαϊκὴν ποιῆσιν,» como escribe Suidas (v. *Evodios*).

(1) Cf. Cicerón *de Off.*, I, 1; Quintiliano *Inst. Or.* I, 1, A. Gel. *Noct. Att.* XVII, 5, y el mismo Tertuliano *adv. Prax.* c. III, prescindiendo de otros, como Horacio, Suetonio, etc.

(2) Eusebio (v. C. IV) que traduce al griego la oración usual, dice: *Kai tēs eujēs de tois stratiotikois apasi didascalos en autos, Romaia glottē tous pantas ode legein egkeleusamenos.* “El mismo Eusebio (lib. III) advierte que en el concilio de Nicea, el emperador habló en latín ante los obispos griegos. (Cf. Weber, *Lat. Gr.* II, Hertzberg *Gesch. Gr.* I, Lafoscade l. cit.)

Aunque Constantino se ve obligado á publicar en griego y en latín sus constituciones, la lengua oficial es la última, y las sentencias continúan redactándose en ella hasta Arcadio, que permite optar entre dichos dos idiomas. Los testamentos tampoco tienen valor sino redactados en latín, hasta Teodosio II.

La leyenda que nos refiere Codinus sobre el origen de Constantinopla, es el símbolo más expresivo de la completa romanización que se trató de llevar á la capital del imperio bizantino. Según ella hizo Constantino que cierto día saliesen los Senadores romanos á pelear á la Persia, y aprovechando su ausencia dispuso que hábiles arquitectos reproduciendo exactísimamente el plano de Roma, de sus casas, edificios públicos etc., levantasen á orillas del Bósforo la nueva Roma, á la cual hizo trasladar las familias de los Senadores romanos, de suerte que al regreso halláronse éstos fuera de su patria, con la ilusión perfecta de Roma: Ὡς γούνη, escribe Codinus, εἶδον τῆς πυλεῶνας καὶ τὰς αὐλὰς καὶ τὰς ἀνόδους ὁμοίως ταῖς ἐν τῇ Ῥώμῃ καὶ τὰ μέτρα..... ἔδοξαν εἶναι ἐκ φαντασίας εἰς τὴν Ῥώμην.

pulo, nos dicen que para obtener puestos en la corte es menester saber latín, y el que lo sabe «*ἐν τοῖς Βασιλείοις ἐστὶ λαμπρὸς καὶ πάντα ἄγει καὶ φέρει τὰ ἔνδον.*» (*Chrysost. Adv. opp. vit. mon. III*).

Fuera del dominio oficial, los juriconsultos, los eruditos y hombres de ciencia, y el alto personal de la Iglesia conocen el latín, leen los escritores latinos y los traducen, los citan ó los comentan según las circunstancias. En un discurso de Constantino cuyo texto griego nos da Eusebio, va inserta la hermosa y tan comentada égloga de Virgilio «*Sicelides musae, paulo majora canamus...*» — *Σικελίδες Μοῦσαι, μεγάλην φάτιν ὑμνήσωμεν...* — traducida también en verso, aunque libremente al griego, y sin duda por el mismo Eusebio, á quien era familiar el conocimiento de los autores latinos, como lo demuestra aduciendo constituciones de Licinio, edictos de Galiano, textos de Tertuliano etc. (1). Arriano, citado por Suidas, aparece como traductor de la Geórgica de Virgilio: *Μετάφρασιν τῶν Γεωργικῶν τοῦ Βεργιλίου ἐπικῶς ποιήσας*. Temistio pone en griego una carta de Constancio al Senado; Varrón, Tito Livio, Salustio, Columela... son leídos y citados y hasta copiados en ocasiones por los escritores griegos de esta época. Claudiano y Amiano Marcelino, ambos de origen griego (alejandrino el primero y el

(1) Hase dicho que la traducción griega de la notable producción virgiliana, se ha hecho de propósito sin estricta sujeción al texto latino, con intento cristiano y para ajustarla á las creencias religiosas. No es esto improbable dado el carácter excepcional que en este sentido ofrece la Egloga mencionada, en la cual se ha reparado desde muchos siglos ha, y se fija también Constantino al aducirla en favor del cristianismo, á la manera que recuerda al mismo objeto en su discurso el acróstico misterioso de la Sibila Eritrea, cuyas letras iniciales de los 34 versos griegos nos dan: «*Jesucristo hijo de Dios salvador del mundo.*» La interpretación cristiana de la Egloga IV, que Gibbon no duda denominar «*la de más brillo, y en verdad la más plausible*» (*Decad. del Imp. Rom. 20*), así como la autenticidad de los cantos sibilinos, ha sido ampliamente discutida; pero no hace á nuestro propósito ni es posible ocuparnos aquí de este punto. Con respecto al texto griego advertimos que la libertad con que está traducida la Egloga mencionada, es cosa frecuente en las demás traducciones de la época, aun las que no tienen carácter eclesiástico; y no debe por lo mismo causar esto sorpresa, ni es menester pensar en que el traductor se haya propuesto alterar el texto de una composición en verso, cuando no es la letra sino el espíritu aun de los prosistas latinos lo que entonces solían conservar las traducciones en prosa griega.

segundo antioqueno) escriben sus trabajos en latín, y puede decirse que con ellos se cierra en la literatura latina el catálogo de los escritores latinos de algún mérito.

Por los escritores eclesiásticos griegos es igualmente cultivada la lengua latina, la cual domina ya de una manera exclusiva en los escritores de la Iglesia en Occidente. La traducción griega del *Apologético* de Tertuliano, la de los *Escritores* eclesiásticos de San Jerónimo y de otros trabajos del mismo, hecha por Sofronio, el profundo conocimiento del latín que posee el Obispo de Tiro, Doroteo, y que celebran los autores griegos, la instrucción latina de San Atanasio (que él reclama también para los Obispos griegos en general), así como la de otro decidido adversario del arrianismo, San Epifanio, demuestran que la Iglesia griega al escuchar la voz y acatar las determinaciones de Roma procuraba cultivar la lengua oficial de la Iglesia Romana (1).

La invasión del latín en el griego, pues, hase efectuado en todas las manifestaciones de la vida social, recorriendo el orden civil y el religioso, el popular, oficial y el científico, de tal

(1) La lengua latina no es sin embargo conocida en todas las iglesias de Oriente por este tiempo, como lo demuestra el hecho de que en el Concilio de Éfeso (431), leídas por los legados las letras pontificias en latín, reclamaron seguidamente los congregados su traducción al griego; cosa que á su vez se había previsto en Roma, pues los legados llevaban también una versión griega debidamente autorizada; porque «*hay muchos de nuestros santos hermanos y obispos que ignoran el latín*» — *πολλοὶ εἰσι τῶν ἁγίων ἀδελφῶν καὶ ἐπισκόπων ἡμῶν, οἳ τινες Ῥωμαῖστί ἀγνοοῦσι...* (*Mansi Ampl. Coll. IV, 1284*).

Es de advertir que la lengua de la Iglesia aun en Occidente durante los primeros siglos fué la lengua griega, y mientras por una parte ella prestaba su cooperación á la obra divina del Evangelio, el Cristianismo la mantenía en sus dominios y la elevaba en sus prestigios. Durante los dos primeros siglos, la liturgia, la predicación, las epístolas de los Papas, los escritos de los santos Padres y escritores eclesiásticos (excepción hecha de los de la Siria), todo es griego, y las inscripciones sepulcrales de los Papas aparecen en griego en la catacumba de San Calixto hasta mediados del siglo III, como dice Rossi (*Roma sotterranea*, II), y hemos tenido ocasión de comprobar varias veces durante nuestra residencia en Roma. La iglesia de Africa, tan dignamente representada en el orden teológico y científico general por los Tertulianos, Ciprianos, Fulgencios y Agustinos, es la primera en franquear el paso á latinidad con el carácter eclesiástico que hubo de recibir y conserva.

suerte que á no haber sido el griego, cualquier otro idioma hubiera sucumbido definitivamente. Mas á la lengua de la Hélade iba asociada toda la historia helénica de recuerdos perdurables, un caudal inmenso de riquezas literarias, y el carácter imborrable de un pueblo que conserva viva conciencia de su valer é idolatra en sus mayores y en sus pasadas grandezas, esperando con ansia la redención de un yugo que no han llevado nunca ni se avendrán jamás á llevar resignadamente. Estos tres factores, el carácter griego, su historia civil y su historia literaria, opusieron valla insuperable á la desaparición de la lengua griega, que por otra parte tan en consonancia estaba con el espíritu y modo de ser del pueblo que la había formado y la había elevado (elevándose también con ella) al grado de la mayor cultura.

La reacción helénica si bien iniciada antes de Justiniano, comienza con éste señaladamente; porque al determinarse por adoptar el griego como lengua jurídica, daba á un tiempo golpe mortal á la tradición latina del derecho con sus múltiples consecuencias, y restituía á la categoría oficial el idioma de la Grecia, que mediante sus sucesores acabó de confirmarse en su posesión (1). A partir de este punto, aparece cada vez más claro el retroceso del latín en sus dominios, y la reconquista griega. Las constituciones en este idioma adquirieron predominio siempre creciente; en el tiempo mismo de Justiniano, Lydo hace notar el uso del griego en los funcionarios públicos, y recuerda con motivo de la decadencia del latín, que según una antigua predicción la suerte de los romanos va inseparablemente ligada á la suerte de su lengua; extiéndose el dominio del griego, y el pueblo le emplea en los actos oficiales y no ofi-

(1) Aunque Constantino había redactado disposiciones en griego, eran éstas como excepciones respecto de la regla ordinaria del latín. Lo opuesto exactamente sucede desde Justiniano, en que el griego se inicia como regla cuya excepción será el latín (Weber, *Lat. gr.*; Blastaris, *Synt.* II; Lafosc. *Lat. en gr.*): Ἰουστινιανός... ἔτι καὶ πρὸς τὴν ἑλληνικὴν τὰ τε τῶν κωδίκων καὶ τὰ τῶν διγεστον μεταβέλληκε φράσων. En la Nov. VII, c. I: οὐ τῇ πατριῷ φωνῇ τὸν νόμον συνεγράψαμεν ἀλλὰ ταύτῃ δὴ τῇ κοινῇ τε καὶ ἑλοάδι, ὥστε ἅπασιν αὐτὸν εἶναι γνώριμον διὰ τὸ τυχόμενον τῆς ἐρμηνείας. Cf. Theoph. R. III, 7. (v. Psychari, *Mots. lat. dans Theoph. et les Nov.*). Nótese la expresión τῇ πατριῷ φωνῇ aplicada al latín; en sentido análogo la usa Just. en la Const. XXXVIII hablando de ciertos *preceptos*.

ciales, y las inscripciones en esta lengua aparecen en las medallas y monedas (entre las cuales inscripciones figura el célebre *Εν τούτῳ νόμῳ* de Constantino), sin que quede del uso latino oficial otra cosa más que ciertas fórmulas, como la de «legimus» puestas al pie de algunos documentos imperiales, y otras de carácter puramente ceremonial (1).

En la esfera literaria la reacción comienza por los juristas, los cuales hacen aparecer en griego los textos del Derecho romano, y dan lugar á buen número de glosas y comentarios, que sin duda secundaban en mucho las aspiraciones helénicas en orden al lenguaje. A cuatro clases pueden reducirse los trabajos de los jurisconsultos: unos fueron traducciones literales (*κατὰ πόδα*), y regularmente de texto bilingüe; otros fueron traducciones compendiosas (*κατ' ἐπιτομήν*), ocasionadas por la gran multitud de leyes que era preciso acomodar al estudio del Derecho; la tercera clase estaba formada por las paráfrasis, glosas, etc. (*παραγραφαί*), auxilio necesario para la interpretación de textos antiguos y como complemento de las traducciones abreviadas; finalmente, para obviar la obscuridad de los compendios y la difusión de las glosas, adoptóse un término medio (*μέση τάξις*), en el cual tomando lo bueno de los compendios y utilizando lo oportuno de las paráfrasis, se formaba un todo distinto de ambas clases (2). En el siglo IX los juriscón-

(1) Watenbach habla del «legimus» de una misiva imperial del siglo VIII á Pipino, y Gardthausen cita esta expresión puesta á varias bulas pontificias en Bizancio.

Entre las fórmulas ceremoniales son de recordar las que nos ha conservado Const. Porphyrogenetes, que se proferían en el acto de la comida de los emperadores. Al sentarse á la mesa, cinco de sus domésticos entonaban un «Conservet Deus imperium vestrum.» Al mezclar el agua al vino, dejábase oír el «In gaudio prandete Domini.» Al tomar la bebida decían: «Bibite imperatores in multos annos; Deus omnipotens praestet;» terminando al levantarse el emperador y comensales con las palabras: «Bono Domino semper.» Constantino Porph. trae dicho ritual trasladado en caracteres griegos: *Legou-si oi pente boukoloi*: «Konserbet Deous eemperioum bestroum.» «Bebetete Domeni eemperatores een moulto annos,» etc. Es de notar que dicho escritor traduce seguidamente al griego este formulario, lo cual demuestra que su significación no era entendida.

(2) Pueden verse en Weber, *Lat. gr.* II, y Lafosc. *Lat. en gr.* —H. Etudes, 82— clasificaciones y obras de estos diversos grupos. Psychari, *Mots lat. dans Th.* etc., enumera los principales trabajos léxicos bizantinos y posteriores sobre las voces latinas en las obras

sultos griegos no conocían los textos romanos, y el derecho griego, siquiera privado de originalidad nativa é impregnado de latinismos, habíase emancipado por completo de la antigua tutela de Occidente.

En el orden eclesiástico déjase también sentir la negligencia hacia la lengua romana, y á pesar de los especiales motivos que obligaban á los griegos á conservar por entonces el conocimiento del latín, desde el siglo VI son muy pocos los teólogos de Grecia que saben este idioma. Si ejerce algún influjo el latín en dicha época, es porque la correspondencia continua con la Iglesia de Roma y las contiendas frecuentemente suscitadas movían á ello, y porque aun quedaba un resto de veneración por el idioma de los Padres de Occidente, cuyos escritos leían los dignatarios de la iglesia griega, aunque no siempre con ánimo de consolidar sus relaciones religiosas con los latinos (1). Así se explica que haya quien, como Anastasio, Obispo de Antioquia, traduzca al griego á fines del siglo VI á S. Gregorio Magno, y que las actas del concilio segundo constantinopolitano se escribiesen aún en latín. Mas fuera de esto, el movimiento latino aparece en absoluta decadencia. Ya hemos visto como en el concilio de Éfeso se reconoció la necesidad de traducir al griego los escritos pontificios, porque muchos Obispos no los entendían. En un concilio celebrado en Letrán (conc. *particular*) á mediados del siglo VII, contra los *monotelitas*, se reconoce la necesidad de traducir las *actas* al griego; y en el tercero general de Constantinopla (680), apenas se halla quien traduzca un escrito latino, recurriendo los Obispos á un presbítero llamado Constantino, á quien se le ruega enseñe á un diácono la manera de escribir en caracteres romanos: *kai upodeixon autoo, poos ofeilei grapsai ta romaika grammata*. En el siglo VIII, y en el conc. segundo de Nicea, ya no se lee el texto de una epístola de Hadriano I, sino simplemente su traducción: *Ermeeneia grammatoon romaikon Adrianou.....*, y más tarde Nicolás I se ve precisado á recurrir al anatema para

jurídicas griegas. V. en igual sentido, además de Du Cange y Reitz, el *Lex. de Th.* etc. de Triantaphyllides.

(1) Recuérdese el hecho de que en la colección canónica *Trulana* se suprimieron los cánones de Sárdica, y se insertaron los *cánones africanos*, que eran *latinos*, entre los cuales estaban los referentes á la controversia de S. Cipriano con el R. Pontífice, favorables á la escisión que los griegos intentaban. La confirmación de esto, puede verse en algunos casos que cita Weber, *Lat. gr.* III.

evitar las malas traducciones de los escritos pontificios, y las consiguientes inexactas interpretaciones que les daban en Grecia (1). En tiempo de Focio (s. IX), el latín no se reputa necesario ni útil, y dicho heresiarca prescinde ya de él en absoluto; á mediados del siglo XI el Obispo de Antioquia no halla quien pueda traducir una epístola del Papa, y se ve precisado á hacerla copiar por el mismo emisario y remitirla á Miguel Celulario; con el siglo XII, puede darse por terminado el influjo latino en Grecia, ya que los escritores helénicos posteriores que aparecen conociendo latín, como Planudes y Demetrio Kydones, más bien que continuadores de las antiguas corrientes romanas, son ya precursores de la época del renacimiento que anuncian (2).



(1) V. estos datos en las colec. conciliares; en Coleti (VII, VIII, IX y X), lugares respectivos de los concilios y decretos pont., y en Krumbacher, Weber y Lafoscade, ya cit.

(2) Planudes vierte al griego varios poetas latinos, en verso y en prosa; y Kydones (s. XIV) traduce á Santo Tomás de Aquino.

En el conc. de Florencia los Obispos griegos y romanos usan sus respectivos idiomas, haciéndose entender por intérpretes.

La gradación de retroceso latino en los escritores no eclesiásticos de Grecia guarda paralelismo con la señalada en la literatura jurídica y en la de la Iglesia. Es de ver, p. ej., como en J. Malalas, en el mencionado Lydo y aun en Procopio y otros escritores griegos que conocen el latín, se refleja el período de transición y la decadencia de la lengua romana. Tiempos después y como marcando los grados de extinción de ésta ante el helenismo, encontramos á Jorge Syncelas y Teofanes, cuya latinidad es de exactitud más que dudosa, lo cual por singular manera se acentúa más tarde en las equivocaciones de Suidas y en el *Etimologicum Magnum*, cuando la dominación latina está para desaparecer.